

Carlos León vive sobre un rayo verde de Playa Ancha

Hace un año, su familia, amigos, Playa Ancha y Valparaíso, el sur, sobre todo el norte, Chile entero, a fin de cuentas, lamentaron la muerte de Carlos León.

Escritor y también, por largos años, profesor de Filosofía del Derecho, aunque, a decir verdad, esta asignatura parece haber constituido, en su caso, únicamente un pretexto para practicar entre sus alumnos algo mucho más importante: lo que los antiguos llamaban sabiduría.

Durante los últimos años de vida, fue colaborador de **La Epoca**, como autor de unas entregas semanales de título más que sugestivo: *Memorias de un sonámbulo*.

Bajo un ciprés

Vivió casi toda su vida en Playa Ancha, el cerro donde termina Valparaíso, o donde comienza, y en ese cerro yace hoy, bajo un ciprés verde oscuro, en la tierra de su viejo y aéreo cementerio.

Playa Ancha es también el último de los cerros de Valparaíso en recibir la luz y el calor del sol naciente de la mañana, pero, a la vez, es el último de los que, al atardecer, queda de cara al sol poniente, que cae sobre el mar justo al lado suyo y casi detrás suyo. Por lo mismo, los habi-

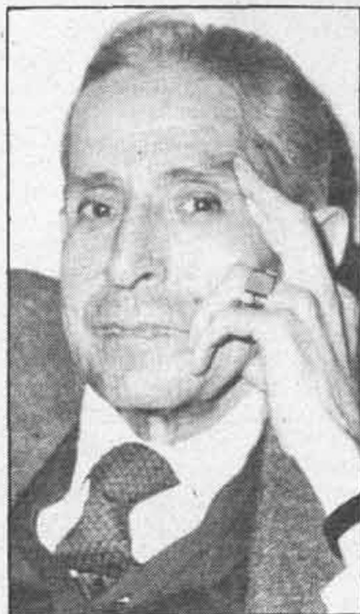
tantes de ese cerro siempre han tenido una mejor posición para divisar —según la historia narrada por Eric Rohmer en una de sus más bellas películas— el destello verde que el sol despediría, ya agónico, en las tardes azules y libres de niebla, al momento mismo de acabar de sumergirse en el mar, y cuya visión —se dice— augura felicidad para quien consigue atrapar con su mirada ese rayo verde instantáneo y fugaz.

¿Habrá visto Carlos León alguna vez, desde Playa Ancha, el rayo verde del sol poniente en el verano?

Tal vez no. La verdad es que probablemente nadie lo haya visto jamás y que la historia contada por el cine no sea más que eso: una historia. Sin embargo, ¿quién podrá impedir que muchos sigan mirando por las tardes hacia el sol poniente en busca del rayo verde que anuncia la felicidad?

Carlos León murió en septiembre, en esas horas o días, que marcan a la vez el término del invierno y el inicio de la primavera. Murió en horas de nadie, parecidas al fugaz momento de silencio total que se produce —según los campesinos— a la exacta conclusión de la noche y justo al inicio del alba, y en el que los animales nocturnos han dejado ya de emitir todo soni-

AGUSTIN SQUELLA



Carlos León.

do, mientras que los seres del nuevo día no se deciden todavía a hacer los sujos.

Confiado ahora a la nada frágil custodia del recuerdo, él ha continuado y continuará entre nosotros, alertándonos acerca de algunos valores de la vida intelectual y universitaria: libertad de espíritu, maneras limpias, austeridad, moderación.

En sus clases —dichas en voz muy baja, en tono coloquial y

despojadas de énfasis y afectaciones—, ejerció implacablemente, aunque siempre con humor, el derecho a llevar a cabo un examen de la realidad libre de prejuicios e intereses. Su libertad y ánimo crítico —que en él eran la misma cosa— le impedían sumarse a los que todo lo aplauden, pero también a los que a todo se resignan. No contaba ni se contaba historias acerca del Derecho, pero valoraba su función pacificadora. Su palabra, en fin, que era casi una cirugía, tenía, como ésta, componentes del dolor y del alivio.

Un héroe condenado

—Me atrevería a decir que en cada ser humano hay un héroe. Y, desde luego, todos los héroes están condenados. Pienso que lo más heroico de todo ser humano es la muerte, sometidos, como estamos todos, a esta supremacía e ineludible aventura—, decía Carlos León.

¿No sugiere esa reflexión el carácter igualmente trágico que Heidegger vio en la existencia humana, y que consiste en que el hombre, lanzado o caído en el mundo, no puede menos que quedar atrapado en la angustia que le provoca el hecho de existir para la muerte?

He ahí una revelación: la vida humana es siempre heroica; por tanto, sagrada.

Pero Carlos León no sólo sabía decir cosas así, lúcidas, profundas, pero que ensombrecen algo el espíritu. También sabía reír y hacer reír. Cuando se refería al vino como “ese ingrediente de la elocuencia chilena”; cuando denunciaba como una de las grandes injusticias de nuestro tiempo la gran popularidad de que disfrutaban los futbolistas —que sólo saben utilizar los pies—, para lo cual, sin embargo, él no veía otro remedio que “estimular el box...”.

Un libro del Antiguo Testamento, con un inesperado toque de escepticismo, declara que los deudos de los difuntos harán su duelo de un día o dos y se consolarán luego dando fin a su tristeza. Pero nada de eso, a decir verdad, parece haber ocurrido a un año de su muerte: ni la llegada del consuelo ni el fin de la tristeza. No queda, en consecuencia, sino continuar esperando a que estos dos bienes que el corazón atribulado de los hombres busca afanosamente, lleguen algún día hasta los espíritus, aunque tal vez la condición humana pudiera verse en cierto modo empobrecida en el reino de un total consuelo y de una total felicidad.

(El autor es profesor de Derecho en la Universidad de Valparaíso).